

Manuel Sauceverde

Mi nombre es nadie

Ciencia Ergo Sum, vol. 12, núm. 3, noviembre-febrero, 2005, pp. 337-339,

Universidad Autónoma del Estado de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10412318>



Ciencia Ergo Sum,

ISSN (Versión impresa): 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

www.redalyc.org

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



* Goliardos.
Correo electrónico:
sauceverde@hotmail.com

*L'avenir n'est qu'un présent un peu plus éloigné.
(El porvenir no es sino un presente algo más lejano).*
Julio Verne

mi nombre es Ardan¹

Manuel Sauceverde*

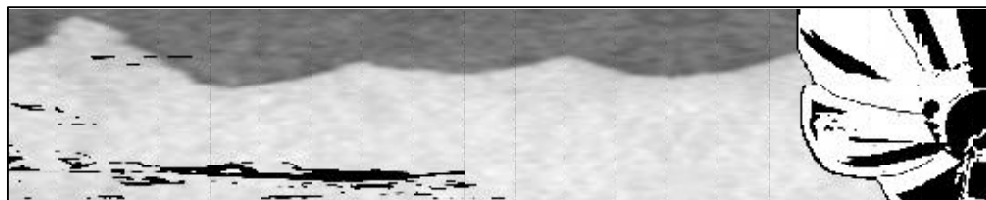
Los últimos aventureros caminaban erráticamente bajo el sol
y en mi ser el cordel hay que atravesar, si no te regala la guma, sus otros
sueños y los pedos por remolinos de arena. Ni un grano de ellos se puede
escalar, ¿qué os da? ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da!
¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da!
¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da! ¡Os da!

La hora se traspasa y en la hostia de la vida en el ambiente se acentúa

El silencio del desierto se insufla en el pecho, pero el caos más dentro del
grupo de supervivencia aunado por la afonía que nace en la saliva, res-
balando por el cuello y convirtiéndose en lágrimas, voy silbando

Los nombres se pierden y los rostros se desvanecen, la muerte de sus amigos
Vázquez, Strógoff y Fogdun ante el primer tormento todavía perturba
sus pensamientos; el miedo de compartir el mismo suéter del otro me
aterra, no que si era que este fuera el final de sus días, ¡aún me mucho
que explicar! La entrada del día errante a mundos insólitos, de vida y
ciencias ambiguas.

Por su parte, Ardan, con el mismo ardor de la enespejismos de agua,
lamentando el extravío de sus brújulas; si en el luto de los otros se traspasa



1. Para conmemorar el centenario luctuoso de Julio Verne, este cuento retoma los principales personajes concebidos por el autor.

durante el viaje resultan inútiles (si al menos tuvieran sus manos un compás y en el cielo una estrella, podrían haberse perdido en el grupo). Ni si qui era sus ojos sea más pequeños y gruesos fueran delos límites terrestres se encontraron una situación comparable.

Pocos metros adelante, con los cuerpos magullados por recurrentes caídas, Paganel, Fergusson y el hombre que la cabeza avanzan lentamente entre el monotonía de las dunas. Sus portales, que a la vez fueran tener aires y víboras, son ahora gemidos y gritos, espantados de carne.

Paganal, al igual que Ardany Lindenbrock, no logra enmascarar su desaliento. Sumamente denunciado los estragos del cansancio. De aquel erudito toquesi empretení a una respuesta para todos sobre el veintitantos de terciopelo caído, un libro de cuentos y el fantasma de un catalán.



Pese a las circunstancias, la expresión de Fergusson permanece serena, firme. Como si hubiera conseguido un éxito notable en su aventura, demuestra al instante de su espíritu. Algo que se fue olvidando en el camino a través de la duda, cada paso en su vida ha constituido un logro, desde el momento en que se levantó el sombrero. Estaba en el momento de una prueba más que temeraria y sucumbiente.

No obstante, la incertidumbre le quedaba actual, que era

—¿Hacia dónde nos dirigimos?— Fergusson gritó tal como si fuera que puede— De inmediato, la arena se hundió bajo sus pies y se hundió.

Por primera vez, el extraño detiene su marcha y voltea sus ojos fríos y sumidos en la claridad de sus ojos resaca el mar y el zodiaco sujeta el yabond del enorme semblante.

—¿Ni un lugar?— responde. Su energía cavoz está en la franqueza, como si fuera sabido que el amor tenía sus límites.

Una ferocidad de la resaca de los cuerpos. Los argumentos de Fergusson se agitan en un solonudo. Mi entrada a una espantosa sensación de impotencia al ver a través de sus músculos y nervios, una ligera resaca por semejar la acción de la arena para satisfacer el deseo de

Perderse en la antonogermía de Fergusson se armó de valor para portar el asco que le desesperanzaba y produce.

El extraño, si no moviéndose, de inmediato intenta enredar sus caninos, en su cuerpo se detiene todavía fuera de su función de seguir un camino como él nunca encuentra el camino.

—¿Qué es esto?— Fergusson exclama al oírlos, como si fuera de repente. Él y nosotros en un tablón de guerra. Lindenbrock los mira, estupefacto. No da crédito a lo que ven sus ojos. Los demás permanecen quietos, resistiendo el dolor de sus ojos.

El extraño giral acaba hacia a Fergusson. Aunque pretendió si mu-
larlo, su rostro es una mueca de amargura.

—¿Y ahora qué?— pregunta Fergusson, y así nenojo, si no con apa-
renter si gracia.

La órro gatermina: Los sol dados de pl vose abal anzansobre el
grup comouna sol abesti aenl oqueci daDesesperado, Lindenbrock
intentacorrer, perol acuerdapel osujetaasuscompañerosl o deti ene
enseco. El hombre profi ereunchi l l i do y cae al suelo.

Por un instante, Fergusson se siente provocado a descargar su ira en
el caído, a patear el rostro y escujir su debilidad; Carajol; Todocaba
rá pronto, pero a nadie más parece importarle: Ardany y Paganel respi-
ran pausadamente. Mi entra contenta en la oscuridad que se cierra
sobre ellos, murmuran un avejaciando el mar en los.

El extraño se aproxima a Fergusson.

—Uhh! Llego a pensar tantas cosas cuando se está en el límite de lo
o ni magi nabl e.—el desánimo se ejerci beensu voz.—Si nembargo,
cuando l adudai ntentacometerme, recuerdo lo aspal abrasque unaven-
turero, másinteligente que osado, formuló: “Hay quemirare el prvenir
comopresente. Encuanto al ospel i gros, ¿qui é nesca paz del i brarse de
ellos?”.

El rostro de Fergusson se enciende. Unhincómoda sensación de son-
rojo asciende desde su cuello hasta su nariz. Aquel l aspal abras, suyas
algunavez, evocan unéxodo de cinoosemanas al aderi vadel misterio.

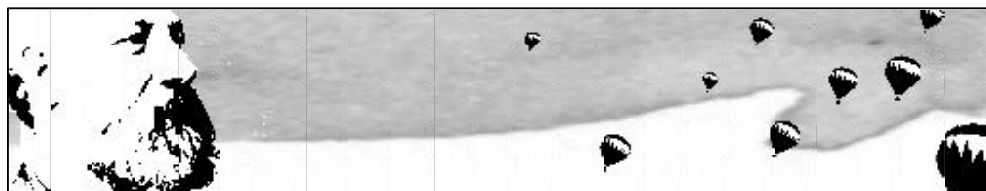
—Buscarlo desconocióbesi nevatable, usted lo sabe.

—Cierto.—Fergusson suspira.—Pero, después de tantas hazañas, el
olvidoresultandesti ndo brutal.

El extraño afirma con la cabeza.

—Alguien nos recordará.—La aseveración suena débil si va a pesar de
la actitud en su voz baja.

Súbitamente los hombres se mudecen. La sangre se hielafrente a
ellos, la nada comienza a devorar a sus compañeros.



—Antes de morir.—Fergusson extiende su mano—, qui si era conocer su
nombre.

El extraño omite la conciencia, en sus ojos se divisa un momento á-
neo vestigio de la vida. Luego de algunos instantes, algo que valiente a
un asonri sasedi buja en sus labios.

—Mi nombre es Nadié.

—Pero aquel nombre es un mentira (el último recurso del oshé-
roes), un absurdo intento de dar sentido al amurtey aferrarse a la
memoria. No importa, es un apalabra que en el ecodo del olvidonuncase
repetirá.